

los danzantes son individuos de escasa cultura y raramente se encuentra alguno que haya cursado más del segundo año de primaria; no son personas de psicología complicada, sino todo lo contrario: tienen rasgos fuertemente ingenuos, destacándose en el fondo la idea de que sus danzas y culto corresponden a algo que hicieron sus antepasados” (*ibidem*: 459).

En los siguientes años algunos capitanes comienzan a permitir el uso de instrumentos de percusión, como el huéhuetl, hechos de madera o “ferro” y tocados con baquetas, imitando los que acompañaban a las danzas prehispánicas. Y empiezan a modificar su vestuario, inspirándose en el que utilizaban los aztecas, con grandes penachos adornados de plumas de avestruz, capas y escudos, pero en esencia continúan conservando un espíritu católico pues siguen ofreciendo su danza y cantos a los santos católicos. Mientras, otros danzantes siguen utilizando la concha como instrumento musical y vistiendo la enagüilla, de donde se crean dos variantes principales: la danza de enagüilla y la danza azteca (González González, 1996).

Cabe destacar que también en la zona del Bajío se da un proceso de “prehispanización” y “aztequización”, pues algunos danzantes dejan de usar la enagüilla: visten taparrabos y penachos hechos de piel e incluso algunos grupos se hacen llamar danza azteca-chichimeca.

En la década de los sesenta la danza de los concheros atrae la mirada del antropólogo Guillermo Bonfil Batalla, quien hace amistad con el danzante Andrés Segura que participa en la mesa del capitán Faustino Rodríguez, lo que le permite al antropólogo acceder a los rituales guardados celosamente. En 1965 filma el documental *Él es Dios*, en el que se muestran las prácticas